

Una causa de error en el diagnóstico clínico de la preñez en la vaca.

Por JOSE ANTONIO REVEREND P.

Es mi deseo que la observación que a continuación se relata tenga algún interés para los colegas dedicados a la Ginecología y Obstetricia bovinas.

A principios del presente año, el señor N. N. llevó a la consulta externa de la Facultad de Medicina Veterinaria, una vaca de su propiedad, de raza Holstein, con el objeto de saber si su animal estaba preñado o no.

Anamnésicos: La vaca mencionada hacía diez meses largos que había sido servida por un reproductor, sin que después del servicio hubiera vuelto a entrar en celo. Por el contrario, comenzó a engordar y a "echar vientre", motivo por el cual el dueño pensó que aquella estuviera gestando. Pero habían transcurrido casi once meses después de verificada la cópula sin que en dicha vaca ocurriera el parto, y sin que diera señales de tal.

Los profesionales que nos enteramos del caso opinamos esto: o que no estaba gestando el animal, o que era víctima de una patológica preñez prolongada, de esas que tan frecuentes son en las vacas lecheras, a consecuencia de afecciones genitales preconceptionales, o a lesiones úterofetales concomitantes con la gestación.

En asocio del doctor Ricardo Sandino Pardo profesor de la Facultad, procedimos a verificar un detenido examen clínico general al animal. Y después de no encontrarle anomalía alguna con el examen especial de órganos genitales, en el que encontramos lo siguiente:

Vulva normal. Vagina, con sus paredes adosadas pero sin secreción alguna. Cuello uterino normal, taponado

por un moco inodoro, consistente, pero de coloración carmelita amarillenta.

Palpación Rectal: No fue posible palpar ninguno de los dos ovarios, lo que nos sugirió que se encontraban muy adelante, a donde el brazo no alcanzaba a llegar, como sucede en la gestación entrada en los seis o más meses. Los cuernos uterinos se encontraban muy voluminosos, tensos y a un más alto nivel que el cuello de la matriz. En el cuerno izquierdo se palpaba una estructura de consistencia ósea, semejante a la cabeza y al hocico de un feto a término. También en dicho cuerno se tocaban unas estructuras semejantes a los coleidones de la placentación bovina. En el cuerno uterino derecho no se palpó ninguna estructura fetal. En cambio creímos tocar cotiledones y percibimos la sensación de que dentro de este cuerno había líquidos. Encontramos también que, como sucede en la gestación, las arterias uterinas medias estaban aumentadas de calibre y tenían un pulso "gaseoso", más la del lado izquierdo que la del lado derecho.

Según el dueño, la vaca de este caso era antes un animal inquieto y hasta indócil. Ahora se mostraba lo contrario. Además, estaba gorda y tenía un vientre como de animal que está gestando; previamente habíamos descartado una posible ascitis. En la ubre, en cambio, no constatamos el aumento de volumen que en las fases finales del embarazo el órgano adquiere. Pero como encontramos lesiones de mastitis crónica, pensamos que esto, aunado a la edad del animal (12 o más años) habían acabado con el fisiologismo de la glándula.

Los signos clínicos que conducen al diagnóstico de la gestación, se agrupan en los animales en dos categorías: signos maternales o de probabilidad (de posibilidad) y signos fetales o de certidumbre. Por los primeros podemos decir que es presumible, que es probable o que posiblemente una hembra está preñada, después de haber reunido todos o casi todos los síntomas que en la gestación están a cargo de las futuras madres. Uno sólo de los signos maternales, aisladamente, no conduce a un buen diagnóstico de preñez; por el contrario, se presta a confusión. Tal es el caso del aumento del vientre, por ejemplo, que así como puede ser un signo de preñez, bien podría ser también un signo de ascitis o de otro estado patológico distinto de la gestación. Por manera que los signos maternales de la gravidez sólo tienen valor cuando se agrupan. En cambio los signos de certidumbre o fetales, no dejan duda de la gestación. No hay para qué decirlos, pues basta palpar o sentir un feto dentro de una hembra para asegurar que ella está preñada.

En el caso de la vaca que nos ocupa se constataron los siguientes signos de posible preñez: ausencia de calores; cambio de temperamento del animal, hacia la docilidad; tendencia marcadamente a engordar y abultamiento del vientre, especialmente hacia el lado derecho; adosamiento de las paredes vaginales; cuello uterino taponado por un moco inodoro, consistente, adhesivo, que aunque de color no fisiológico, se observa a menudo en gestaciones patológicas. Otros signos de probabilidad fueron: el no haber podido palpar ninguno de los ovarios; la dilatación y tonicidad de los cuernos uterinos y el tener éstos un nivel más alto que el cuello; el aumento de calibre y el pulso gaseoso de las arterias uterinas medianas. De los signos maternales de la preñez sólo faltó el aumento de volumen de la ubre, cosa que atribuimos a

la vejez del animal y a las lesiones de mastitis crónica que evidenciamos en el órgano.

Como signos de certidumbre de gestación creímos palpar una cabeza fetal, la que en concepto náuстро nos pareció un tanto anormal, y los cotiledones placentarios. Como a pesar de varios intentos no tocamos los miembros anteriores, pensamos que éstos estaban remetidos por debajo del cuerpo del feto como en ocasiones ha sucedido en actitudes fetales viciosas generadoras de partos distóxicos que nos ha tocado resolver.

Por lo que antecede, una vez practicado el examen ginecológico de la paciente, el doctor Sandino y mi persona nos atrevimos a dar el siguiente diagnóstico: Preñez simple y prolongada en la que el feto posiblemente estaba muerto y además monstruoso, el cual tampoco tenía la actitud fisiológica para producir un parto eutóxico. Por esto dijimos al dueño del animal que la solución del caso que nos ocupaba era: O una histerotomía de urgencia o el sacrificio de su semoviente.

En atención a la avanzada edad de la paciente y al exiguo valor zootécnico de ésta, su dueño optó por venderla para el matadero.

Con el objeto de poder constatar directamente las anomalías que tanto en la morfología, como en la posición y actitud el feto pudiera tener, y más que todo para tratar de hallar la causa de que la gestación se hubiera prolongado tanto, interesamos a los colegas que trabajan en el matadero de Bogotá para que el día que se fuera a verificar el sacrificio de la vaca en cuestión nos llamaran a presenciar dicho acto.

Efectivamente, nosotros asistimos al sacrificio del animal, en el cual, una vez abierto, encontramos la siguiente sorpresa: la vaca no estaba preñada. Sus ovarios padecían de una atrofia extrema; no podían ser funcionales, cosa que explicaría el por qué los ca-

lores no volvieron a aparecer. El útero era inmenso y sus paredes estaban gruesísimas. El cuerno uterino izquierdo alojaba en su interior un tumor de consistencia ósea que simulaba la cabeza de un ternero a término que padeciera el defecto que en el exterior se conoce con el nombre de "picudo". Este cuerno contenía una inodora secreción homopurulenta. En el cuerno uterino derecho existían unas pequeñas tumoraciones del tamaño de cotiledones, en número de 30 a 40, y en los sitios que más o menos corresponden a las carúnculas endometriales. También existía en dicho cuerno un inodoro piometra en vías de calcificación, de alguna consideración. Por manera que lo que en la palpación rectal tomamos por la cabeza fetal no era otra cosa que la enorme neoplasia del cuerno uterino izquierdo y que lo que nos parecieron cotiledones no eran sino las pequeñas y múltiples tumoraciones del cuerno derecho.

A qué se debía la falta de calores en la vaca? Es casi seguro que por la atrofia tan marcada de los ovarios, éstos perdieron su capacidad de sufrir los efectos de las gonadoestimulinas hipofisiarias.

El aumento del volumen del útero, se explica fácilmente por el tumor y el piometra.

La pulsación gaseosa y el aumento de calibre de las arterias uterinas medianas es posible que se debiera a que estando tan engrosadas las paredes del útero la circulación se dificultaba, máxime cuando la sangre no sólo era necesaria para irrigar el órgano sino también el gran tumor contenido en aquél.

Una cosa no nos explicamos bien y es la presencia de tapón en el cuello uterino. Pues en este caso no tenía por qué estar allí. Precisamente cuando existen colecciones patológicas en el útero el cuello de éste trata de permanen-

cer abierto para dar salida a aquellas. Es posible que en los comienzos el plómetra hubiera dado secreciones que hasta salieron a la vagina y vulva del animal, pero que pasaron desapercibidos para el dueño y para los que atendían dicho animal, y que a medida que las secreciones se fueron clasificando se logró establecer el tapón que se constató en el examen. Seguramente el color carmelita amarillento de este tapón se debió a la descomposición de la hemoglobina de la sangre y al pus de la secreción endometrial.

Seguramente, de haber venido este caso en los primeros meses de su presunto embarazo, se habría despertado el interés por verificar las pruebas correspondientes al diagnóstico precoz del embarazo por los métodos de laboratorio, con lo cual no habríamos incurrido en el error que tuvimos.

En todo caso es digno de anotar que un tumor del endometrio, de la naturaleza y aspecto del que se acaba de describir, puede ser motivo de error en el diagnóstico clínico de la preñez, por lo menos en la vaca.

Al terminar de escribir esta observación me informa el doctor Pablo Henao S., profesor secretario de la Facultad, que recientemente fue víctima de otro error en el diagnóstico de una preñez, en otra vaca vieja de raza Holstein, que también padecía de un enorme tumor del endometrio, y que murió a consecuencia de ello. Por manera que esto confirma la aseveración que más arriba se hace.

José A. Reverend P.

Bogotá, octubre de 1952.